

DIALOGO TERCERO.

Inflamaciones de los pulmones.

EL SABIO.

Me ha pedido Vm., Caballero, la teoría de las enfermedades del pecho; las que mas importa conocer, son las inflamaciones. ¿Quiere Vm. que hable yo de las agudas ó de las crónicas?

EL SABIO.

De unas y otras. Sin embargo, no pienso que tenga Vm. que censurar en nada la curacion de las primeras; porque las fluxiones de pecho, que Vm. llama, creo, *perineumonias* y *pleuresias*, se conociéron en todos tiempos, y se curáron acertadamente siempre con las sangrías.

EL MÉDICO JÓVEN.

Carecemos de todo espíritu censorador, Caballero; abrazamos la práctica antigua cuando es buena, y proseguimos curando

las fluxiones de pecho con el auxilio de las sangrías.

EL SABIO.

Me llena de gozo el verle á Vm. acorde con Sydenham, Tissot, y todas las mas respetables autoridades.

EL MÉDICO JÓVEN.

Un momento, Caballero; me ha interrumpido Vm. Iba á decirle que hemos perfeccionado mucho el uso de este medio en las enfermedades de que se trata.

EL SABIO.

¿En qué pues?

EL MÉDICO JÓVEN.

Pocos médicos llegaban en las sangrías bastante adelante para atajar las inflamaciones agudas del pecho; y ciñéndose á disminuir la fuerza del pecho, dejaban á la naturaleza la incumbencia de consumar la cura.

EL SABIO.

¿Carecian de razon? quiere agotar Vm. á un paciente para sanarle?

EL MÉDICO JÓVEN.

No los agota esta práctica; recuperan ellos sus fuerzas prontísimamente; mientras que aquellos en quienes se respetaron las emisiones sanguíneas, conservan á menudo una leve inflamacion en los pulmones, que los conduce á la tisis insensiblemente. Pero hay un medio de economizar la sangre de semejantes enfermos, afianzando su cura; el de aplicar sanguijuelas al pecho, despues de haber sacado sangre del brazo.

EL SABIO.

¿En qué consiste la superioridad de este método?

EL MÉDICO JÓVEN.

En que prolongado el corrimiento de las picaduras de las sanguijuelas despues de caidos estos animales, obra sobre el receptáculo de inflamacion de un modo mas directo y mucho mas durable que la sangría del brazo, que no dura mas que un instante, tras el que la dolencia toma un nuevo vuelo.

EL SABIO.

Esa razon me parece satisfactoria, y confieso que yo no habia caido en ella. Pero ¿no teme Vm. perder mas sangre con las picaduras de las sanguijuelas que con la sangría?

EL MÉDICO JÓVEN.

No, Señor; las sangrías superficiales de la piel, que nosotros llamamos *capilares*, debilitan ménos que las de los vasos mayores. Por otra parte, ¿no es dueño uno de atajar la sangre cuando está producido el efecto? El médico debe velar sobre ello; y este su negocio. Esta precaucion es particularmente importantísima en los niños, cuyas hemorragias pueden ser excesivas; y no debemos perderlos de vista nunca mientras que corre la sangre, aplíquense las sanguijuelas por la enfermedad que se quiera.

EL SABIO.

Esos preceptos son muy prudentes. Pero ¿no tiene Vm. mas que las sangrías para curar las perineumonías y pleuresías?

EL MÉDICO JÓVEN.

Puestos los vejigatorios sobre el punto dolorido del pecho á continuacion de las sangrias, son aquí de la mayor eficacia; pero si hacemos uso de ellos ántes de haber sangrado suficientemente, aumentan la inflamacion de los pulmones, ó bien la encubren llevándose el dolor, miéntras que la inflamacion, no atajada, efectúa la destruccion del órgano, y conduce á la tisis. Debemos añadir á estos medios la abstinencia de los alimentos, de los caldos, y el uso de las bebidas temperantes, sin adiccion de ácido ninguno. Importa mantener un calor dulce alrededor del cuerpo. Aplicadas al pecho las cataplasmas emolientes, contribuyen á calmar el dolor, ya ántes, ya despues de los vejigatorios, y son los mejores remedios de la tos por irritacion.

EL SABIO.

No tengo nada que objetar contra una tan juiciosa práctica. Pero he leído en los autores que hay perineumonías y pleure-

sías biliosas, pútridas, malignas; ¿ como las curan Vms. ?

EL MÉDICO JÓVEN.

Las biliosas de los autores no dependen de la bilis : puede tener uno atestada de este líquido la sangre, sin experimentar inflamaciones pulmoniacas; la ictericia presenta la prueba de ello. Lo que se llama perineumonía biliosa, pleuresía biliosa, no es mas que la complicacion de la inflamacion del estómago con la de los pulmones : en cuyo caso ponemos sanguijuelas en el pecho y estómago, y la cura es tan pronta como en los casos simples. En cuanto á las perineumonías pútridas y malignas, dependen ellas de que la inflamacion aguda, no atajada en sus principios, devora á un mismo tiempo el pulmon, las vias digestivas y la cabeza : los cuales casos exigen que se dé guerra á la inflamacion por medio de sanguijuelas locales en cuantos lugares ella se halla.

EL SABIO.

La doctrina de Vm. es consiguiente. Pero

ha dicho Vm. que la perineumonía podia producir la tisis; lo cual me parece una paradoja. ¿No traen acaso los tísicos al nacer la raiz de su enfermedad?

EL MÉDICO JÓVEN.

Las tísicas no son mas que unas inflamaciones crónicas, es decir lentas, de los pulmones. Algunos niños pueden traerlas, á causa de que el feto puede experimentar todas las flemasías; pero no tardan mucho en rendirse. En cuanto á los individuos que llegan hasta la adolescencia, virilidad y vejez, ántes que se declare semejante enfermedad, es de hecho que ninguno de ellos trae su raiz del seno de la madre.

EL SABIO.

¿Qué cosa se lo prueba á Vm.?

EL MÉDICO JÓVEN.

Las aberturas de cadáver de todas las personas mas dispuestas á la tísica: las cuales no muestran jamas alteraciones pulmoniacas, cuando se rindiéron á otras enfermedades.

EL SABIO.

Lo que Vm. me dice ahí me parece cosa fuerte, porque tengo numerosos ejemplos de tísicas hereditarias.

EL MÉDICO JÓVEN.

Es muy natural que las criaturas hereden la complexion de sus padres. Nacen pues, igualmente que ellos, con pulmones irritables y encerrados en un pecho estrecho; lo cual las espone á contraer inflamaciones pulmoniacas; pero los niños que llegaron á la edad adulta, no naciéron con estas inflamaciones; y aun es posible preservarlos de ellas durante una dilatada vida, tomando las necesarias precauciones, es decir preservando del frio á los enfermos y curando los dolores de pecho y esputos de sangre, luego que se declaran.

EL SABIO.

¿Qué precauciones quiere Vm. que se tomen contra unos cuerpecillos blancos, llamados *tubérculos*, que toman de sí mismo progreso en el tejido de los pulmones? No contaba Vm. casi con esta objecion;

pero sepa Vm. que he leído sus tratados mas modernos y estimados sobre la tísis pulmoniac, y visto en ellos que los tubérculos son innatos, y que su formacion antecede á todos los síntomas tísicos.

EL MÉDICO JÓVEN.

¿ Ha leído Vm. la *Historia de la flemasias*?

EL SABIO.

No, Señor; no he consultado con la obra del maestro de Vm.

EL MÉDICO JÓVEN.

Peor que peor, Caballero, peor que peor, porque hubiera hallado Vm. allí la prueba de lo que acabo de sentarle: que los tubérculos no se encuentran nunca en el pulmon de los que no experimentaron la inflamacion de este órgano.

EL SABIO.

¿ Atribuye Vm. pues la formacion de los tubérculos á la inflamacion?

EL MÉDICO JÓVEN.

Sí, Señor; y presentamos la prueba de ello precaviendo su formacion en las per-

sonas que están mas dispuestas á ellos, con la cura completa de sus perineumonias, de sus pleuresías, de sus resfriados, y de sus esputos de sangre, que llamamos, en términos técnicos, *hemoptisias*.

EL SABIO.

¿ Coloca Vm. pues los resfriados en la clase de las inflamaciones pulmoniacas? los miraba yo, por mi parte, con arreglo á algunas autoridades, como enfermedades mucosas ó catarrales, producidas por la traslacion del humor de la transpiracion á la garganta y bronquios.

EL MÉDICO JÓVEN.

¿ No leyó Vm. pues la *Nosografia* de Mr. Pinel, que hacia autoridad ántes de la doctrina fisiológica?

EL SABIO.

Sí, Señor; pero la palabra *flemasia mucosa*, me los hacia considerar como enfermedades muy diferentes de las inflamaciones.

EL MÉDICO JÓVEN.

Pero Tissot, al que cita Vm. con tanta complacencia, dijo que todo resfriado debia mirarse como una ligera fluxion de pecho.

EL SABIO.

Tiene Vm. razon; estos cortos errores son perdonables á un hombre que no es del arte. Por lo demas ¿ como concibe Vm. que los resfriados puedan producir tuberculos?

EL MÉDICO JÓVEN.

¿ No vió Vm. nunca hincharse las glándulas del cuello por efecto de una inflamacion de la garganta?

EL SABIO.

Lo ví.

EL MÉDICO JÓVEN.

Pues bien, de este modo se forman los tubérculos del pulmon. Son unas glandullas que tienen su progreso en los pulmones, alrededor de los bronquios y en las demas regiones de esta víscera, que son despojo de una dilatada inflamacion. Estas

glándulas crecen, se deshacen, supuran, y forman úlceras que destruyen estos órganos. El tejido de los pulmones entra tambien á veces en supuracion sin previos tubérculos. Esto se verifica, cuando la inflamacion camina mas pronto, y la tisis es su resultado á veces.

EL SABIO.

Con arreglo á la teoría de Vm., no podrian curarse jamas las tísicas bien caracterizadas.

EL MÉDICO JÓVEN.

Esta cura es dificultosa en extremo, la logramos algunas veces sin embargo; pero lo mas seguro es curar las inflamaciones del pulmon ántes que hayan ocasionado úlceras, induraciones, y otras desorganizaciones parciales en los principios, porque estas alteraciones se propagan en todo el órgano y acaban destruyéndole completamente.

EL SABIO.

Esa sentencia no es muy consolatoria para nosotros pobres gentes del mundo, que no sabemos distinguir el momento en

que estas enfermedades son todavía curables.

EL MÉDICO JÓVEN.

No es de Vms. la culpa, sino de los médicos de la doctrina antigua, que les dicen que un resfriado no es nada, que él pasará abrigándose bien; ó bien que aseguran á Vms. que la tos y dolores de pecho que les quedan á continuacion de las pleuresias y perineumonias, se desvanecerán luego que Vms. hayan recuperado sus fuerzas; que les aseguran que sus toses son nerviosas y reumáticas, y no requieren mas que algo de éter ú opio; que se contentan, finalmente, con hacerles tomar leche de burra despues de sus hemotipsias, bajo el pretesto de que no se trata mas que de serenar la sangre.

EL SABIO.

Es mucha verdad que se nos dan esos consuelos; pero ¿querria Vm. que, en el estado de debilidad en que nos hallamos entónces, nos pusieran al agua de goma, á la dieta y sangrias? No recobraríamos

nunca nuestras fuerzas, y sabe Vm. que la debilidad es suficiente para hacer pulmoniacas á las gentes.

EL MÉDICO JÓVEN.

Es un nuevo error que han inculcado á Vm. La debilidad no produce la tísica; aun es necesario llevarla hasta un cierto punto con las sangrias locales y la dieta, como lo ha dicho Vm. muy bien creyendo mofarse de nosotros, para destruir las inflamaciones de los pulmones. Pero, miéntras que uno está débil, le es necesario preservarse contra la influencia del frio y de los irritantes; y, por medio de estas precauciones tomadas en oportuno tiempo, se precaven todas las tísicas.

EL SABIO.

¿No hace Vm. pues caso ninguno de los vejigatorios y cauterios?

EL MÉDICO JÓVEN.

Perdone Vm., Caballero mio; los empleamos despues de las sangrias y con el régimen, para destruir por revulsion las reliquias de una irritacion pulmoniacas; en

lo cual diferimos de los antiguos médicos. Estos, si tiene Vm. una tos crónica, es decir de larga duracion, le prescriben la leche de burra, el líquen y un vejigatorio, como medios específicos del ente-tísica que le amenaza á Vm., sin insistir en la sangría y severidad del régimen. Dejan subsistir pues la inflamacion; y luego que ella ha producido la desorganizacion del pulmon, dicen á Vm. que cuantos accidentes le han asaltado, dependian de los tubérculos preexistentes: «¿Como habríamos curado á Vm., esclaman, á Vm. que tenia en sí mismo la inevitable causa de su muerte?» Retenga á lo ménos el comun de las gentes esta verdad, que los tubérculos y úlceras del pulmon son el efecto de una inflamacion prolongada, que hubiera sido fácil de extinguir en los principios. Con ello las gentes no se dejarán llevar ya de una falaz seguridad; se harán curar tempranamente, y evitarán la tísica pulmoniaica.

EL SABIO.

¿Necesita la inflamacion ó irritacion

de mucho tiempo para producir los tubérculos y úlceras?

EL MÉDICO JÓVEN.

Eso depende de los temperamentos La destruccion es mucho ménos tardía en los individuos delicados que en los que son robustos; y cada uno debe estar prevenido de esta diferencia, á fin de tomar sus precauciones. No puedo estenderme á especificar las señales que denotan la incurabilidad: basta que Vm. sepa que con frecuencia puede esperarse la cura cuando quedan todavía fuerzas, alguna robustez, y que aun en muchos casos la expectoracion purulenta no trae consigo siempre la destruccion.

EL SABIO.

Si el sistema de Vm. no es verdadero, es consolatorio á lo ménos. Le abrazo en este punto, porque mas quiero admitir que la tisis es el efecto de una inflamacion curable por mucho tiempo, que creer que todas las personas delicadas y de reducido

pecho estén condenadas á perecer, tarde ó temprano, víctimas de esta dolencia; y le deseo á Vm. triunfos que justifiquen este modo de ver.

EL MÉDICO JÓVEN.

Hemos conseguido, y conseguimos todos los días, esos triunfos; y las familias asistidas por los médicos fisiologistas tienen tan pocas tísicas como fiebres pútridas, y malignas; lo precavemos todo esto, cuando nos llaman con tiempo y siguen nuestros consejos.

EL SABIO.

Son Vms. realmente admirables, Señores fisiologistas; y si Vms. ejercieran la misma dominacion sobre la apoplejía, comenzaria yo á creer en su nuevo sistema.

EL MÉDICO JÓVEN.

Si no ejerciéramos esa dominacion sobre la enfermedad que Vm. acaba de nombrar, nuestro sistema seria falso, y le daria yo á Vm. por dispensado de darle crédito;

pero si Vm. me acuerda una nueva conferencia, espero demostrarle que la doctrina fisiológica ha corrido el velo que ocultaba la calidad real de la apoplejía.

EL SABIO.

Doy mil gracias á Vms., porque esta dolencia me atemorizó en extremo siempre.